MITOS Y LEYENDAS DE LA SIERRA

BRUJAS SOBRE IBARRA

Más arriba, aún, el parque de Ibarra era un minúsculo tablero de ajedrez sin alfiles, donde destacaba el añoso Ceibo, plantado tras el terremoto del siglo XIX y que, según decían, sus ramas habían caminado una cuadra entera. La noche caía plácida sobre las enredaderas y la luna parecía indolente a las sombras que pasaban, pero que no podían ser reflejadas en las piedras

¿Quiénes miraban a Ibarra dormida? ¿Quiénes tenían el privilegio de contemplar sus paredes blanquísimas engalanadas con los fulgores de la luna? ¿Quiénes pasaban en un vuelo rasante como si fueran aves nocturnas? ¿Quiénes se sentaban cerca de las campanas de la Catedral a mirar los tejuelos verdes y las copas de los árboles?

Todas noticias importantísimas que, de no ser por las voladoras, hubieran llegado desgastadas. Pero, a diferencia de lo que se cree de las brujas, que van en escoba, llevaban un traje negro y tienen la nariz puntiaguda, la del sector norteño ecuatoriano poseían trajes blanquísimos y tan almidonados que eran tiesos.

Por eso cuando las voladoras pasaban los pliegues de sus vestidos sonaban mientras cortaban el viento. Algunos las tenían localizadas. Por eso cuando pasaban por encima de las casas, existían los atrevidos que se acostaban en cruz y con esta fórmula las brujas caían al suelo.

Otros, en cambio, preferían decirles que al otro día vayan por sal y de esta manera conocían su identidad. Pero las voladoras de Mira también tenían sus hechizos. Quienes se mofaban de las brujas terminaban convertidos en mulas o gallos. Y eso, al parecer, le sucedió a Rafael Miranda, un conocido galeno de Ibarra, de inicios de siglo.

Cuentan los abuelos que el doctor Miranda desapareció un día sin dejar rastro. Sus amigos lo buscaron por todos lados infructuosamente. Sus familiares estaban desesperados. El tiempo pasó. Una tarde, un conocido del doctor Miranda recorría unas huertas por Mira y miró a un hombre desaliñado con un azadón. Creyó reconocerlo.

Al acercarse comprobó con estupor que se trataba del famoso doctor Miranda. Lo sacó del lugar y tras curaciones prodigiosas el galeno volvió a su estado normal y nunca más se sintió gallo. Otra historia, en cambio, sirvió para que Juan José Mejía, el popular y primer sacamuelas de Carchi e Imbabura, justificará una parranda de tres días.

Cuando le preguntaron porque no había llegado a la casa contestó sin inmutarse: “Estuve en Mira amarrado a la pata de una cama, convertido en gallo y recién me escapo de las brujas”.

Claro que estuvo en Mira y, acaso, le brindaron como a muchos, el famoso tardón, que es una bebida que basta de un solo trago para que el confiado visitante termine por los suelos, en un remolino de carcajadas.

Por eso los políticos de turno o las autoridades, que siempre ofrecen solucionar todos los problemas, se dan cuenta de los fatídicos brebajes, demasiado tarde: quedan arrumados en las sillas de madera, con un olor imperceptible a aguardiente, que es uno de los ingredientes del tardón, elaborado de papa y de secretísimos compuestos que ha sido imposible develar.

Cuando alguna autoridad trataba de levantarse caía en cuenta que sus honorables posaderas estaban como pegadas a la silla. ¿Cuáles eran las palabras mágicas para volar? De boca en boca ha llegado hasta estos días lo que decían las brujas ecuatorianas: “De villa en villa y de viga en viga, sin Dios ni Santa María” y tras pronunciar este conjuro levantaban vuelo.

Y hasta había quienes intentaron realizar una aventura aérea. Cuentan que un mireño insistió a una maga para que le iniciara en su arte. Tras las súplicas decidió confiarle el secreto.

Lo primero que le indicó es que tenía que utilizar uno de sus trajes níveos. Aguadaron la noche y subieron a la chimenea de un horno.

--- Tienes que repetir esta fórmula ---le dijo la encantadora.

Tras decir “de villa en villa y de viga en viga, sin Dios ni Santa María”, extendió sus brazos y salió disparada por el cielo. Nuestro personaje se emocionó, pero al repetir el conjuro lo hizo de esta manera: “de villa en villa, de viga en viga, con Dios y Santa María”.

Dicho esto, se desplomó en el patio de la casa, en medio de los ladridos de los perros y de los vecinos que lo encontraron magullado y vestido de traje blanco, con cintas y encajes. Aunque pidió discreción, al otro día toda Mira conoció esta historia y su único argumento se enredó en la vestimenta. Obviamente, no pudo aclarar que hacía subido en la chimenea y con un vestido de dama.

Hay quienes dicen que las brujas aún pasan por los tejados de Ibarra. Es posible. Mas, nunca se han caracterizado, como lo eran acusadas en la Inquisición Española, de artilugios malévolos. Su único delito, podría decirse, es volar para conocer tierras lejanas o para visitar a algún amante venturoso que abra su puerta antes que la maga tope el suelo.

Hay quienes dicen haberlas visto reunidas practicando iniciaciones antiquísimas, en medio de un prado. Con suerte, si levantamos a mirar el cielo en una noche de luna es posible que localicemos a una bruja que regresa del sur y pasa por encima del pequeño Ceibo, del parque Pedro Moncayo, que ha empezado a brotar sus hojas.

CARBUNCO (EL PERRO DEL DIABLO)

Se trata de un animal fabuloso, propio de la sierra de nuestro país. En las zonas del centro y el norte de esta región se lo describe como el perro del diablo, que tiene un lucero en la mitad de su frente y ojos de fuego que paralizan a cualquiera que lo vea.

Aparece ocasionalmente en las noches oscuras y en los lugares solitarios.

La persona que se llegue a encontrar con este ser, puede resultar favorecida, pues quienes conocen de esta leyenda cuentan que el Carbunco entrega y vomita una bola de oro incrustada de piedras preciosas… pero, quien recibe estas alhajas no debe mostrarse ambicioso, porque si lo hace, de inmediato, el Carbunco lo descubre, quita el tesoro y se lo traga, desapareciendo inmediatamente en la oscuridad, mientras que la persona que se mostró ambiciosa puede quedar ciega o paralizada.

En el sur de la sierra, su implicación maléfica está más atenuada. En esta zona se describe al Carbunco como un gato negro con un diamante en la frente que emite un gran destello. Los individuos que lo encuentran deben perseguirlo con un pañuelo o manta blanca para atraparlo y quitarle la piedra preciosa de su frente.

No obstante, quien ha logrado capturar al Carbunco y le ha arrancado el diamante, es interpelado luego por este, quien con una voz llorosa suplica que devuelvan la gema, por la cual este ser sobrenatural esta dispuesto a dar cualquier cosa.

Aprovechándose de esto, sus captores que las riquezas ambicionado, le devuelven el diamante, Carbunco desaparece, y con él todas las esperanzas de hacer realidad sus ambiciones.

En fin, el Carbunco es el ser que castiga a los ambiciosos y premia a las personas desinteresadas.

EL HUACAY SIQUI (EL FAMOSO CHIFLÓN)

La referencia de este ser zoomorfo proviene del norte de la provincia de Pichincha. Según cuenta la historia, el Huacay Siqui es un joven que tenía una madre muy enferma.

Él la cuidaba todas las noches, sin embargo, una de ellas se retiró de la compañía de su madre para comprar remedios, pero en el camino se encontró con una muchacha de quién esta enamorado, que precisamente lo invitó a un baile.

Él erradamente aceptó, olvidando completamente a su moribunda madre, entonces durante la fiesta se le acercaron para avisarle que su madre había fallecido, a lo que él respondió casi sin importancia: “Ya habrá tiempo de llorar”.

Entonces, Tupa, el dios supremo, se enojó mucho con él, luego de ver su poco valor sentimental hacía su madre, por esta razón lo castigó convirtiéndole en un ave que llora durante las noches.

Los campesinos mestizos e Indígenas lo describen como un ave que sale de las quebradas a las seis de la tarde y emite un canto lúgubre parecido al llanto humano. En sus recorridos ataca a las personas ocasionándoles accidentes, y cuando encuentra a su paso prendas y pañales de niños que estan secándose fuera de las casas, los mira y los niños se vuelven llorones, según dicen.

Por esa razón se toman precauciones para que estas prendas no queden afuera de las casas después de dicha hora. Además, se rumorea que el Chiflón es tan pequeñito que especialmente, cuando hace frío se vuelve presente para posee el cuerpo de aquel hombre, o aquella mujer que sienta frío extremo para hacerle una que otra bromita.

Por eso en Pichincha, por lo general es muy común escuchar decir a las abuelitas recomendaciones como: “abrígate bien hijito, para que no te agarre el Chiflón”.

LA MUJER QUE ENGAÑÓ AL DIABLO (MAMA GUADA)

En esta Cuenca maravillosa, afortunada por su entorno y su gente, vivía una mujer, propietaria de una cantina apartada, a quién llamaban Mama Guada.

Sin duda representa motivo de orgullo y complacencia para los cuencanos, debido a que de acuerdo a lo que cuentan los abuelos, fue la única persona que ha existido en este mundo que puedo engañar al diablo.

Ante la incredulidad de las personas y según la leyenda, el diablo siempre está detrás de cada persona. A nuestras espaldas, acechándonos; astuto y rápido para esconderse y desaparecer cuando nos damos la vuelta; mofándole de esta manera de cada mortal. Este personaje siniestro, por doquier acude a este mundo, para llevarse las almas de los pecadores.

Mama Guada, que sospechaba de las habilidades del diablo y que conocía sus intenciones, un día se dio cuenta que se encontraba cerca de su cantina; en búsqueda del alma perdida de un hombre que ya bebía aguardiente algunos días, y que había abandonado su casa.

La mujer esperó el momento oportuno y para sorpresa del diablo, salió de su escondite, sin darle tiempo a que reacciones. El diabló exhausto y asustado, interrogo a la mujer, que ¿Cómo se llamaba?, que ¿quién era?, contestando la misma: ¡Mama Guada! ¡No podía salirse del asombro!, nadie antes había conseguido engañarle y descubrirle.

Mama Guada, no contenta, aprovechó la oportunidad para reprocharle, humillarle y hacerle ver lo mal que se había portado y las maldades que cometía, para que reflexionara. El diablo agachó la cabeza, se sentó en una silla, apenado y cabizbajo, estaba sudando y enrojecido. Se cubrió el rostro con las manos, casi lloraba, hasta que imploró para que Mama Guada, callara en sus acusaciones.

Mama Guada, hábilmente le hizo prometer al diablo que desde ese instante tendría que ser más benevolente, un poco más comprensivo y que solo así podía irse y regresar al infierno con un poco de calma… El diablo apenas pudo, salió a carreras.

Desde ese entonces, cuentan que el diablo es menos malo, y que no se le ha vuelto a ver más rondando por las inmediaciones del pueblo.

LA OLLA DEL PANECILLO

Se dice en Quito había una mujer que todos los días llevaba su vaquita al Panecillo para que pudiera comer, ya que no tenía un potrero donde llevarla.

Un buen día, mientras recogía un poco de leña, dejó a la vaquita cerca de la olla pero a su regreso ya no la encontró. Muy asustada, se puso a buscarla por los alrededores.

Pasaron algunas horas y la vaquita no aparecía. En su afán por encontrarla, bajó hasta el fondo de la misma olla, y su sorpresa fe muy grande cuando llegó a la entrada de un inmenso palacio.

Cuando pudo recuperarse del asombro, miró que en un lujoso trono esta sentada una bella princesa, que al ver allí a la humilde señora, le preguntó sonriendo:

--- ¿Cuál es el motivo de tu visita?

--- ¡He perdido a mi vaca! Y si no la encuentro quedaré en la mayor miseria ---contestó la mujer llorando.

La princesa, para calmar el sufrimiento de la señora, le regaló una mazorca y un ladrillo de oro. Además, la consoló asegurándole que su querida vaquita estaba sana y salva.

La mujer agradeció a la princesa y salió contenta con sus obsequios. Pero, cuándo llegó a la puerta, se llevó una gran sorpresa al ver a su vaca de regreso.

--- ¡Ahí esta mi vaca! ---gritó la mujer muy contenta.

Y fue así como la mujer y la vaquita regresaron a su casa, luego de esa inolvidable aventura que quedó escondida en la Olla del Panecillo.

LA VIUDA ALEGRE

En los días en los que la energía eléctrica era un extraño y raro fenómeno, décadas atrás, pasadas las altas horas de la noche, cuenta el vulgo que, metido en la oscuridad, en medio de las callejuelas angostas y adoquinadas, aparecía a lo lejos el resplandor de la luz intermitente de un farol.

Una mujer cubierta de un traje negro caminaba seductoramente, dispuesta a lograr una nueva conquista… para el camino a la locura o a la muerte. Los caballeros de aquel tiempo temerosos se escondían o corrían…

Se trataba de una viuda, de espíritu alegre, un alma en pena, que en su vida terrenal había dado malos pasos.

Luego de enviudar, antes de su deceso, tuvo una vida pecaminosa llena de infidelidad y lujuria, razón por la que fue expulsada del purgatorio, del más allá. Enviada de regreso a la vida, posiblemente para cumplir una misión o sedienta de venganza.

Desde entonces iba buscando en el camino a caballeros, jóvenes, hombres casados; impávidos, para seducirles con el menear incisivo de la luz de su farol.

Los hombres hipnotizados la seguían atrás, abúlicos por la calle Bolívar, por San Blas, San Sebastián, los chaquiñanes.

Ella se insinuaba, ante los ojos y oídos escondidos de los testigos, que se encontraban asombrados tras las rejas de las ventanas y balcones. Se iba por las casas, llegaba a las puertas grandes, barrocas, desproporcionadas, coloniales, de dos hojas, que se encontraban aseguradas con puntales de madera, resguardadas de la viuda alegre.

Ella tocaba las puertas, llamaba a los maridos de cada pocilga, con cánticos, melodías seductoras, con lamentos, voces obscenas. El sonido y la luz del candelabro ingresaban por las rendijas de las ventanas, por debajo de las puertas.

La familia, la esposa, se encargaban de proteger, y sobre todo de guardar al marido, al padre de familia para que no caiga en la seducción de la viuda. Les amarraban en los cuartos más distantes, en los sótanos.

Oraban, hasta que la viuda buscara otra casa. Por lo general, con voces de angustias era frecuente oír: “¡Busque otra puerta!”.

Una vez que caía en tentación algún caballero, ante la provocación de la dama, esa la leyenda, haciéndole recorrer por todas las calles del pueblo, apenándoles, en presencia de las miradas solapadas y la mofa de la gente; para luego guiarles a los barrancos del río Tomebamba, a los despeñaderos y acantilados del Vado y San Sebastián.

Entonces a solas, asentaba el farol en un costado y se desvestía, se sacaba el abrigo y el vestido negro, poco a poco.

El caballero observaba ansioso, la luz del farol iba desvaneciéndose conforme la mujer iba despojándose de sus vestiduras, mientras al hombre, en una metamorfosis, le nacían cuernos en la cabeza, en la frente igualitos a los que luce Lucifer.

La viuda se destapaba pausadamente, hasta que al final, un instante antes de apagarse el farol y de descubrirse por completo el rostro, la viuda alegre desaparecía.

El hombro caía inconsciente al barranco, algunos morían, otros quedaban locos y heridos, pero todos con dos cuernos en la frente… deshonrados.

La gente del pueblo aseguraba haber visto en ese tiempo, esconderse en los portones de las pocilgas o de las casonas, de vez en cuando en conflictos, a hombres convertidos en diablos, con unos extraños cuernos y con un rabo en las posaderas, que se quedaba a veces atascado en las rendijas de las puertas que dan a la calle, que se cerraban en el apuro.

Contaban que los familiares de algún caballero desaparecido, acostumbraban buscarlo en los despeñaderos, para luego refundirle en algún lugar recóndito de la casa, para siempre.

EL PERRO ENCADENADO

Este monstruo sobre natural, no era más que según las beatas de entonces, la encarnación del demonio, porque era un perro con cuernos y de sus ojos nacían ascuas que encandilaban en las tinieblas.

Dios había consentido que salieran del infierno, para ver asustados un tanto a frailes y curuchupas, que eran el azote de la incipiente sociedad cuencana; además de los transeúntes de las noches, en sus andanzas amorosas.

Este enorme animal, arrastraba una pesada cadena por los barrios por los que andaba y producía un gran estruendo que hacía temblar de los nervios a quienes lo escuchaban, de tiempo en tiempo emitía un sonido similar a la de un aullido, eran tan funestos que a veces coincidían con los graznidos de un búho.

Estos sonidos eran de mal augurio, sobre todo para los campesinos o indígenas, pues seguro quien los percibía estaba por morir muy pronto, por lo que un chistoso e ilustre bardo decía:

El búho grazno

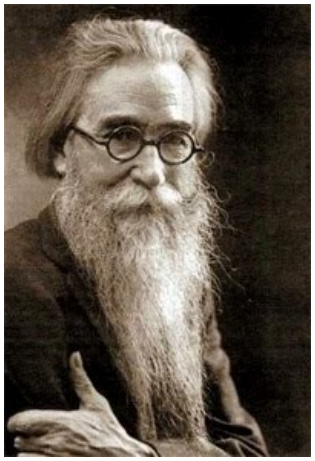
El perro aúlla

El indio muere;

Parece broma

Pero sucede…

EL SANTO DESCALZO



En el año de 1910, los vecinos de San Roque se sorprendían de ver caminando por sus calles a un caballero alto, distinguiendo de ojos azules y barba rubia que solía vestir humildemente y caminar descalzo. Durante muchos años ocupó una tiendita oscura y húmeda que quedaba en la calle Rocafuerte, frente a la iglesia del barrio.

En aquel cuarto tan austero, este singular personaje montó una zapatería con una mesa y unas pocas hormas, planchas de machacar, suelas y otros artículos necesarios para ejercer el oficio de zapatero remendón.

Dos muchachitos sanroqueños ayudaban al extraño zapatero y además de aprender el oficio, ganaban un peso diario más comida, una remuneración que era casi una fortuna para aquella época en que se compraba un huevo por un calé y una gallina ponedora por seis reales.

Toda bondad y gentileza era el “zapatero descalzo” como lo empezó a llamar la barriada. Cobraba muy barato y cuando el cliente era pobre, no le cobraba nada. Fue por eso que la gente le comenzó a conocer después como “El Santo Descalzo”.

Los vecinos de Quito veían con ojos incrédulos como todos los domingos el zapatero dejaba su taller a las ocho de la mañana, vestido con chaqueta, chaleco de fantasía, camisa con botones de perlas, gemelos de oro en los puños y un bastón con empuñadora de marfil y plata. Pero tanta elegancia contrastaba con sus pies siempre descalzos.

Parecía que llegaba al éxtasis. Oía la santa misa con gran devoción y en muchas ocasiones lo vieron llorar. Llegado a su taller se encerraba y el lunes, como todos los días, abría su taller a las seis de la mañana, caminaba a la tienda realizaba las compras de la semana. Comía humildemente, pero a sus operarios siempre les brindó pastas, dulces y finas conservas.

Con los pies desnudos bajaba por el Rocafuerte hasta llegar al Arco de la Reina, en el Hospital San Juan de Dios, luego tomaba la García Moreno o calle de las Siete Cruces para llegar a la iglesia del Carmen Alto, en donde entraba luego de rezar un Ave María y un Padre Nuestro.

Después, se dirigía a la iglesia de la Compañía para asistir a la misa de nueve. Allí tomaba su reclinatorio forrado de terciopelo rojo y escuchaba todo el servicio religioso de rodillas.

Más allá de la leyenda:

Con el tiempo se desveló el misterio del “Santo Descalzo”. Incluso se descubrió su verdadero nombre se trataba nada menos que de Miguel Araque Dávalos, hijo de una de las familias aristocráticas y de dinero de la ciudad de Riobamba.

Muchas suposiciones trataban de explicar por qué una persona de tan alta alcurnia se comportaba de forma tan humilde con toda la gente y aún más con los pobres.

La razón hay que buscarla en los misterios del amor. Don Miguel se había enamorado de una mujer de mala reputación y poco decente y aunque trató de olvidarla, no pudo.

Para tratar de apagar las brasas de la pasión, decidió abandonar su Riobamba natal para irse a Quito donde trató de enamorarse de otra mujer, aunque nunca lo logró.

Un día leyó sobre el milagro de la Dolorosa del Colegio San Gabriel sucedido un 20 de abril de 1906 y desde ahí se encomendó a la Madre Dios y a cambio de que le hiciera olvidar a la mujer que le robó el corazón, Miguel se comprometió a caminar descalzo durante un año y trabajar durante ese mismo tiempo como un humilde zapatero.

A la final, logró conseguir a la mujer, porque esta se fue con un gringo que había venido a trabajar en el ferrocarril. Miguel ya no sufrió más, y dicen que se curó por obra de la Dolorosa, y así ha vivido en el recuerdo de los quiteños como el “Santo Descalzo”.

NINA PACCHA, PRINCESA DEL LAGO

Cuenta la leyenda que la sequia azotaba a toda la región y, por tanto, había que sacrificar una doncella para calmar las iras del “Taita Imbabura”. Una hermosa indígena llamada Nina Paccha fue la elegida, pero su joven enamorado, Guatalquí, no estaba dispuesto a perderla, por lo que huyeron juntos Rey Loma arriba.

El pueblo los siguió, armado de coraje, por temor a más represalias, cuando iban a ser alcanzadas, el cielo se iluminó convertido en laguna. Surgió, además, un relámpago que fue directamente donde el joven amante, quién se esfumó y brotó como lechero, para que sea vigía permanente de su adorada Nina Paccha.

Y mientras el pueblo no salía de su estupor, una fuerte lluvia empezó a caer sobre los campos sarances. Así, la laguna y el lechero, dentro de la teogonía aborigen, se convirtieron en templos rituales, donde se alzaban plegarias por la siembra, la cosecha y la vida misma; también por ello, desde épocas remotas, los indígenas cruzaban a nado el lago como ofrenda sagrada.

EL ACCIDENTE EN UN ABISMO

En un lugar de la Sierra Ecuatoriana donde la carretera circula entre montañas y grandes abismos, un matrimonio con su hijo, avanzaban con cautela en el coche. Era una noche con mucha niebla y el viaje era muy peligroso. Regresaban de un viaje en la montaña y se dirigían a su casa por una carretera, poco transitada. De pronto se les apareció una mujer en medio de la carretera con el cuello y la ropa llenos de sangre gritando para que parasen.

La familia paró y el marido se bajó del coche. Entonces hablo con la mujer que, muy alterada y llorando, le dijo que habían tenido un accidente y que se habían caído con el coche por el barranco. La mujer le rogó que la ayudara, que tenía un bebe y se había quedado atrapado entre los hierros del coche, que bajara y lo sacara de allí.

El hombre cogió su equipo de montaña y se puso a bajar por el barranco. Al rato subió muy nervioso con el bebé en brazos y le preguntó a su esposa dónde estaba la mujer. Esta le respondió que se había sentado en una piedra grande que había allí en la carretera, pero cuando miraron ya no estaba.

Entonces el hombre se metió rápidamente en el coche con el bebé y le dijo a su mujer que hiciera lo mismo.

Arrancó el coche y se fueron. Su mujer, muy enfadada, le preguntó que por qué se iba con el bebé, que por qué no habían buscado a la mujer, el marido le dijo que se tranquilizara y que cuando llegaron a su casa le contaría.

Cuando llegaron, la mujer le pidió explicaciones a su marido. Este le contestó que cuando bajó y cogió al bebé vio a la mujer muerta, el accidente había sido brutal y su cuerpo estaba cubierto de sangre y el cinturón de seguridad enredada a su cuello. El espíritu de la mujer era el que le había pedido ayuda para que salvaran a su hijo.

LA MALDICIÓN DE MAMA HUACA

En las noches de luna llena, sale Mama Huaca a pasearse por las pampas y cementeras de la sierra ecuatoriana, siempre que no esté lloviendo; porque no puede mojarse el pelo con el agua del cielo, ya que ella es parte del enemigo malo. Antes al parecer era el pelo negro, hasta que una noche los sapos pidieron agua al cielo hasta que llueva.

Los sapos en tiempos antes, al parecer parían guaguas sapos mismo, hasta que una noche de luna llena con el cielo brillante lleno de estrellas, Mama Huaca ha salido a pasearse y los sapos han comenzado a pedir agua. Entonces el cielo se ha entolda'o y se ha puesto a paramar, mojándose el pelo de ella que era bien negro, con las aguas del cielo; y comienza a hacerse "sucu", de puras iras les echa la maldición a los sapos, diciéndoles que han de poner huevos, y del huevo han de salir los sapos, así como salen las lagartijas.

Pero ella pensando que solo una luna va a estar el pelo "sucu" y después se ha de hacer nomás negro; pero cuando en la otra luna sale a pasearse no cambia de color de pelo. Ella les dice a los sapos: que de los huevos no han de salir sapos sino "shugshis", y que los taitas tienen que irles comiendo de poco a poco el rabo, para que salgan las patas y las manos, y cuando sean sapos, han de vivir en las cochas de agua podrida hasta que sean grandes.

También les dijo que en la primera parida han de ser solo dos sapos, han de ser verdes y chiquitos, y se ha de llevar ella. Desde ahí aparecieron unos sapos chiquitos verdes que tienen otro modo de "llorar", esos con sus silbidos piden que el pelo de Mama Huaca se haga negro. Mientras no lo consigan tienen que andar cargando a los "guagua shugshis" hasta que se hagan sapos.

Esta es la maldición de la Mama Huaca porque no alcanzan que se haga de nuevo “yana agcha”.

CUICHI (ARCOIRIS)

cuando el “arco” se enamora de una mujer, la empieza a perseguir todos los días hasta cuando le encuentra sentada al lado de una cocha y si está enferma de la costumbre, esa mujer queda cuichipa huanchanalla. No siente ningún dolor ni molestia hasta que ajusta los nueve meses y le toca dar a luz; entonces si padece mucho y nace un huambra sucu, zhirbu, gordo y lindo.

Entonces sí, el arco no deja a la mujer, le sigue a todas partes porque es bien celoso; si por desgracia tiene un enamorado, entonces el cuichi se apega bien, le envuelve y así oculta le lleva a casa. Allí se da cuenta la mujer que el arco le persigue. Cuando tiene que salir de su casa, siempre sale acompañada de una chica huambrita con un machete blanquito y que este brillando.

El arco viendo que el sol brilla en el machete, se asuste y se pierde tiempos. Cuando el churipa cuichi ya está grande en la edad de coger la yunta, amanece un lindo día, el sol brillando; entonces el arco separa tras de la loma a que nadie lo vea.

Entonces le jala a la mujer al cerro, le va llevando al churipa y sigue andando hasta que se hace oración. Se para el arco delante de una cocha de agua clarita, limpiecita; la mama tiene sed y se agacha a tomar agua; ella que se enrecta para dar agua al guambra este no parece por dionde. Entonces ve que el arco se alevanta y se para delante del sol y más abajo otro arco más clarito, pero más delgado.

En seguida la mama se da cuenta de que el churipa ha sido llevado por el “arco padre” y empieza a llamar gritando al guambra hasta que se queda yuyay illag.

Así se pasa toda la noche, cuando amanece empieza de nuevo a llamar gritando, pero como no aparece nadie ella regresa a la casa con dolor de barriga y caina así, y se hace uquiayashca tulluyashca de una vez; cuando ya no tiene nada de carne y el pellejo está pegado al hueso se acaba la pobre mujer solo aguaitando al cielo y llamando al huambra.

LA LOCA VIUDA

El inicio de esta leyenda urbana se remonta a la época republicana cuando la ciudad de Riobamba era alumbrada por rudimentarios faroles que apenas competían con la luz de las velas. La luna llena completaba el ambiente propicio para los aparecidos y cuentos tenebrosos.

El protagonista de esta leyenda es Carlos, uno de los tantos bohemios que gustaba embriagarse en las cantinas y no desaprovechaba la oportunidad de tener un desliz.

Una de aquellas noches de juerga, al dirigirse a casa, se encontró con una extraña mujer vestida totalmente de negro y con una mantilla que le cubría el rostro, que le hizo señas para que la siguiera.

Carlos sin pensarlo dos veces fue tras de la coqueta a lo largo de varias callejuelas oscuras.

Al llegar a la Loma de Quito, el ebrio le dio alcance.

--- Bonita, ¿dónde me lleva? ---dijo.

Sin dar mas explicaciones, la mujer dio la vuelta y Carlos recibió uno de los impactos más grandes de su vida porque vio que la cara de la mujer era la de una calavera.

De la impresión, Carlos cayó pesadamente sobre el suelo mientras invocaba a todos los santos. Logró levantarse y emprendió la carrera de regreso a casa.

Al llegar, el hombre encontró el refugio en su devota esposa Josefina. Entendió que la visión fantasmagórica era el castigo por tantas infidelidades. Y desde entonces se dedicó santamente a su hogar.

Lo que Carlos nunca se enteró es que su esposa estuvo detrás del “alma en pena”. ¿Qué había sucedido? Después de muchas noches en vela, Josefina se armó de valor para castigar las continuas infidelidades de su cónyuge.

Una vecina le aconsejó darle un buen susto. Para el efecto le prestó una careta de calavera y le recomendó vestirse de negro.

Sin estar segura, pero motivada por su amiga, la señora decidió hacerlo.

Una noche oscura, se trajeó de negro, se puso la careta y se cubrió con un velo. Lo sucedido después ustedes ya lo conocen.

La loca viuda fue el remedio para los caballeros que abandonaban el hogar por una conquista galante. Los años pasaron y aún dicen que la loca viuda se aparece en las noches...

LA MISTERIOSA CIUDAD OCULTA EN EL CHIMBORAZO

Hace muchos años, en el tiempo de las grandes haciendas, había gente dedicada al servicio de la casa y de las tierras. Los vaqueros eran los hombres dedicados a cuidar a los toros de lidia que eran criados en las faldas del volcán Chimborazo.

Juan, uno de los vaqueros, se había criado desde muy pequeño en la hacienda. Recibió techo y trabajo, pero así mismo, los maltratos del mayordomo y del dueño.

Una mañana que cumplía su labor, los toros desaparecieron misteriosamente. Juan se desesperó porque sabía que el castigo sería terrible. Vagó horas y horas por el frío páramo, pero no encontró a los toros.

Totalmente abatido, se sentó junto a una gran piedra negra y se echó a llorar imaginando los latigazos que recibiría.

De pronto, en medio de la soledad más increíble del mundo, apareció un hombre muy alto y blanco, que le habló con dulzura:

--- ¿Por qué lloras, hijito?

--- Se me han perdido unos toros ---respondió Juan, después de reponerse del susto.

--- No te preocupes, yo me los llevé ---dijo el hombre--- vamos que te los voy a devolver.

Juan se puso de pie dispuesto a caminar, pero el hombre sonriendo tocó un lado de la piedra, y esta se retiró ante sus ojos.

---Sígueme ---le ordenó.

Aquella roca realmente era la entrada a una gran cueva. Sin saber realmente cómo, Juan estuvo de pronto en medio de una hermosa ciudad escondida dentro de la montaña.

El vaquero miró construcciones que brillaban como si estuvieran hechas de hielo. La gente era alegre y disfrutaba de la lidia de toros.

El hombre alto le entregó los animales, le dio de comer frutas exquisitas, y como una forma de compensación le regaló unas mazorcas de maíz.

De la misma forma extraña en la que había llegado, pronto estuvo en el páramo, con los toros y las mazorcas.

Al llegar la hacienda todos se mofaron de él por lo que consideraban una influencia del alcohol. Decepcionado, pero a la vez tranquilo por haberse librado de la paliza, Juan fue a su casa y sacó las mazorcas. Para su sorpresa eran de oro macizo.

Con este tesoro, el vaquero se compró una hacienda propia y se alejó para siempre del lugar donde le habían maltratado tanto. Desde entonces, los campesinos y los turistas tratan desesperadamente de buscar la entrada a la ciudad del Chimborazo.

LOS GAGONES

Los gagones son como unos guaguas perritos, al principio son cenicientos, lo que llamamos “chucuros” y con el tiempo van haciéndose negros hasta volverse “negro fino”. Se forman cuando se han “entreverándose” entre compadres o parientes y son las “almitas” de ellos que andan llorando por los caminos donde trajinan los que están “mal llevados”. Salen para que alguna persona de “alma limpia” y que no sea manchada le aconseje para salvar esa almita y no se condenen.

Esto solo puede conseguirse al principio, pero cuando ya estan negros, ya no tienen salvación. Las almas limpias cuando ven a los gagones les amarran con un cordel o les pintas la cara con negro de humo para ver al día siguiente cual ha sido el “gag”. Si las personas son pecadoras, el gagón les coge de la rodilla y les saca el huesito y el alma no es manchada le coge suavito.

Los que han querido coger al gagón estando en pecado no vuelven a hacer eso porque ya tienen miedo por el dolor a la rodilla. Cuando han cogido al gagón y le han tiznado esperan en ese lugar para ver quien pasa a la madrugada entre claro y oscuro, el rato que “arraya” el día le aconseja diciéndole: “Usted está con este pecado, sepárese de esa mala amistad, para que no se condene y salve su alma”.

Otras versiones sobre los gagones:

Los gagones son como unos perritos bien blancos y pulchungos que andan delante de los convivientes, cuando estos son parientes o compadres; aullán y juegan abrazándose, es fácil cogerles; se les muestra el poncho haciendo una miglla, cuando han saltado se les cierra y se les lleva a la casa, se les encierra en una tinaja y se les tapa con un “mediano”, al día siguiente se les suelta y se les va siguiendo a ver donde entran y así se descubre a los que viven mal. Dicen que cuando los gagones están encerrados, los cuerpos no pueden despertarse porque el gagón es el alma de estas gentes perdidas.

Los gagones son unos perritos negros con la pancita blanca bien “pulchunguitos” que aparecen en la vecindad de la casa donde viven mal entre parientes o compadres, andan delante de los pecadores sin ser vistos por ellos, aúllan así: “gagón, gagón” y la hembra “gagona, gagona”. Se revuelcan en el suelo abrazándose, salen después de las diez de la noche. Cuando ven al cristiano pronto desaparecen. Dice: “Yo les he visto con mis ojos que se han devolver tierra, cerca de la casa de la N.N. que vivía mal con el tío.

Una mujer vivía con el cuñado y todas las noches se oía a los gagones. Un día el vecino le cogió a la gagona y le colocó en una tinaja. Al día siguiente le fue a ver, la encontró muerta, luego supo que la vecina había amanecido muerta también, todo el cuerpo negro como condenada. Dice: “Yo le llegué a conocer a la hija de la gagona; se casó pero no pudo tener hijos, porque dicen que esa es la maldición”.

EL AVE DE ORO

Cuenta la leyenda popular que en el muy conocido cerro Sinchahuasin, cercano al cantón Pujilí, muchos campesinos que solían pasar por este lugar, ya sea rumbo a sus casas o pastar a sus animales, habían visto una majestuosa ave, con el plumaje blanco como la nieve y con su pico y patas de color oro.

La mayoría coincide en que la hora de aparición de esta hermosa y misteriosa ave, es entre las doce y la una de la tarde, que por cierto es muy escurridiza, que cuando aparece, deslumbra con su belleza, y en el momento en que alguien quiere acercarse, esta desaparece.

A pesar de esto, se sabe que en cierta ocasión una humilde campesina que pastaba sus borregos por este lugar, vio a esta ave, la siguió y consiguió atraparla. Muy emocionada la llevó a su casa y la guardó, pero al día siguiente, cuando fue a verla, había desaparecido, y a la semana de este suceso, la campesina murió.

Por esa razón, los pujileños cuentan que por las noches, en los lugares donde había sido vista el ave de oro, se podía divisar una llama que se prendía y se apagaba con mucho capricho ante la vista de unos cuantos.

CANTUÑA

Famosa es la leyenda que cuenta cómo el convento de San Francisco de Quito fue construido por Cantuña mediante pacto con el diablo. Esta relata como Cantuña, contratista, atrasado en la entrega de las obras, transó con el maligno para que, a cambio de su alma, le ayudara a trabajar durante la noche.

Numerosos diablillos trabajaron mientras duró la oscuridad para terminar la iglesia. Al amanecer lod dos firmantes del contrato sellado con sangre: Cantuña por un lado, y el diablo por el otro, se reunieron para hacerlo efectivo.

El indígena, temeroso y resignado, iba a cumplir su parte cuando se dio cuenta de que en un costado de la iglesia faltaba colocar una piedra; cuál hábil abogado arguyó, lleno de esperanza, que la obra estaba incompleta, que ya amanecía y con ello el plazo caducaba, y que, por lo tanto, el contrario quedaba insubsistente.

Ahora bien, la historia, a pesar de haber contribuido al mito, es algo diferente. Cantuña era solamente un guagua de noble linaje, cuando Rumiñahui quemó la ciudad. Olvidado por sus mayores en la historia colectiva ante el inminente arribo de las huestes españolas, Cantuñas quedó atrapado en las llamas que consumían al Quito incaico.

La suerte quiso que, pese a estar horriblemente quemado y grotescamente deformado, el muchacho sobreviva. De él se apiadó uno de los conquistadores llamado Hernán Suárez, que lo hizo parte de su servicio, lo cristalizó y, según dicen, lo trato casi como a propio hijo. Pasaron los años y don Hernán, buen conquistador pero mal administrador, cayó en la desgracia.

Aquejado por las deudas, no atinaba cómo resolver sus problemas cada vez más acusaciones. Estando a punto de tener que vender casa y solar. Cantuña se le acercó ofreciéndole solucionar sus problemas, poniendo una sola condición: que haga ciertas modificaciones en el subsuelo de la casa.

La suerte del hombre cambió la noche a la mañana, sus finanzas se pusieron a tal punto que llegaron a estar más allá que en sus mejores días. Pero no hay riqueza que pueda evitar lo inevitable: con los años a cuestas, al ya viejo guerrero le sobrevino la muerte.

Cantuña fue declarado su único heredero y como tal siguió gozando de gran fortuna. Eran enormes las contribuciones que el indígena realizaba a los franciscanos para la construcción de su convento e iglesia. Los religiosos y autoridades, al no comprender el origen de tan grandes y piadosas ofrendas, resolvieron interrogarlo.

Tantas veces acudieron a Cantuña con sus inoportunas preguntas que este resolvió zafarse de ellos de una vez por todas. El indígena confesó ante los estupefactos curas que había hecho un pacto con el demonio y que este, a cambio de su alma, le procuraba todo el dinero que le pidiese.

Algunos religiosos compasivos intentaron el exorcismo contra el demonio y la persuasión con Cantuña para que devuelva lo recibido y rompa el trato. Ante las continuas negativas, los extranjeros empezaron a verlo con una mezcla de miedo y misericordia.

A la muerte de Cantuña se descubrió en el subsuelo de la casa, bajo un piso falso, una fragua para fundir oro. A un costado había varios lingotes de oro y una cantidad de piezas incas listas para ser fundidas.

EL ORIGEN DEL LAGO

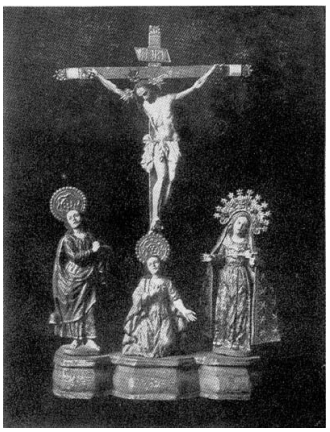
Según los abuelos que han narrado esta leyenda, la Cochamama, antes era una hacienda. Una tarde apareció un anciano pidiendo limosna, al llegar le recibió la empleada, avisó a los dueños; estos contestaron que no tenían nada y soltaron a los perros.

Al ver esta situación el anciano dijo a la muchacha que, si sueltan a los perros y me atacan, para mañana esta hacienda se convertiría en laguna por lo que advirtió a la empleada que sacara todas sus cosas y se salvara.

Asombrada por lo ocurrido, cogió sus cosas y siguió su camino que conduce a Cayambe, al otro día la muchacha regreso para confirmar lo que le había dicho aquel anciano, y así fue el lugar donde se encontraba la hacienda.

Por lo acontecido, contó a los demás en especial a sus hijos, porque según la leyenda de la Cochamama fue un castigo de Taita Dios.

EL CRISTO DE LOS ANDES



Los sacerdotes de la compañía de Jesús no podían creerlo. Manuel Chili, el pequeño niño indígena que se colgaba y correteaba por los andamios y pasadizos de la iglesia mayor de los jesuitas en Quito de pronto se había convertido en un gran artista.

Sorprendidos por la habilidad artesanal demostrada por el joven, los jesuitas decidieron tomar a su cargo la educación, darle vivienda, comida y un poco de dinero; ya que en ese entonces los artesanos no gozaban del mismo trato que los reconocidos como verdaderos artistas.

Además del apoyo, los padres de La Compañía lo pusieron a cargo del gran escultor Bernardo de Legarda para que puliera las aptitudes de Manuel, que mejorara su técnica en la escultura y la pintura. Así nació el gran Caspicara, uno de los mayores exponentes de la escuela Quiteña.

Manuel Chili, empezó a ser reconocido bajo el seudónimo de Caspicara, que en quichua significa “cara de palo” quizá por su destreza para convertir la madera en asombrosas obras de arte. Vivía entregado a sus obras trabajaba hasta 12 horas diarias siempre sobre andamios y cerca de bordes peligrosos. Este constante trabajo por lo alto le originó un intenso miedo a las alturas.

Cuentan que, debido a esta fobia, Caspicara permanecía varias horas en silencio y con los ojos cerrados y esto terminaba por enfurecer al capellán de la iglesia que creía equivocadamente que Manuel dormía en lugar de trabajar.

La fama de artista se extendió por todo el nuevo y viejo mundo. Sus obras comenzaron a valorarse en muchos pesos de oro y sus imágenes de santos, cristos y vírgenes decoraban iglesias de todo nuestro país y también de Colombia, Perú, Venezuela y España. Es tanta la belleza y el realismo que ha impreso Caspicara en su obra que no han faltado quienes además les han agregado propiedades milagrosas.

Actualmente es difícil poner un precio a las obras de Manuel Chili ya que, por un lado, superarían los varios millones de dólares, mientras que, por otro, son invaluables en tanto que son patrimonio cultural del Ecuador.

Como sucede con muchos artistas, Caspicara murió en la miseria más triste, abandonando en la soledad de un hospicio y despreciado por sus contemporáneos.

EL HUIÑA HUILLI DE BOLÍVAR

Cuentan que, durante una noche oscura, José, un jugador de cartas fullero, estaba retornando a su casa con los bolsillos llenos de dinero. La gente del pueblo donde hacía sus trucos sucios, harta de su presencia, decidió entregarle una botella llena de luciérnagas que lo iluminara por los senderos, para apurar su partida.

Sin agradecer a nadie. José inició su caminata entre la niebla la niebla de los páramos de Quisapincha, cuidándose de no caer en la quebrada de Las Lajas. De repente, desde la oscuridad insondable de la quebrada, el llanto de un bebé llegó a sus oídos. Aunque a este

vividor no le interesaba ayudar a nadie, los lloriqueos desesperados le conmovieron tanto que descendió hasta ubicar la fuente del sonido.

Mientras bajaba, soltó la botella de luciérnagas que se rompió y lo dejó sin ninguna luz de guía. Encontró al infante, lo arropó en su poncho y, casi en el acto, este dejó de llorar. En el ascenso, José notó, extrañado, que la parte de su pecho, donde el niño estaba apoyado, empezó a calentarse, como una plancha de carbones encendidos.

Intentó dejar al bebé en el suelo, pero sintió que una garra se le clavaba en el tórax. Horrorizado, escuchó que la criatura, con voz gangosa y retumbante le decía:

--- Ya te tengo

Regresó a ver su rostro y distinguió únicamente el brillo de unos colmillos afilados.

--- Ya te tengo y te voy a matar ---grito el engendro.

José, sorprendentemente, preguntó:

--- Porque eres una peste, eres egoísta.

Muerto de miedo, José se desmayó. Al día siguiente día, despertó cuando el sol ya estaba muy alto. Convencido de que todo había sido una pesadilla, empezó a caminar hacia su pueblo. Escuchó, entonces, el llanto del bebé. Corrió aterrado, sin mirar atrás, y prometió que jamás volvería a hacer trampas y que ayudaría a quién se lo pidiera.

EL TSÁCHILA QUE SE CONVIRTIÓ EN SOL

El pueblo tsáchila es conocido comúnmente como el pueblo de los Colorados, porque pintan su pelo con el fruto de un árbol sagrado llamado achiote. Tsáchila quiere decir “la verdadera gente”. Habitan en la nueva provincia de Santo Domingo de los Tsáchilas, llamada así, precisamente en honor a este pueblo originario.

Cuando el imperio incaico conquistó al Reino de Quito, los habitantes de Quito, conocidos como Kitu-Kara, para no subordinarse ante los conquistadores incas, escaparon por las montañas y se asentaron en lo que hoy es la tierra de los tsáchila, y avanzaron también hasta la amazonía ecuatoriana. “El tsáchila que se convirtió en sol” es uno de los mitos más antiguos de este pueblo.

Hace muchísimos años atrás, cuando los abuelos podían conversar con los pájaros, en el cielo existía un enorme tigre de enormes fauces, de ojos como rayos, con garras poderosísimas y un pelaje reluciente que vivía en la oscuridad. Un día, el Tigre de la Oscuridad andaba furioso y hambriento y de un solo bocado se comió al sol y en la tierra cayeron las tinieblas.

Los Tsáchilas que tenían sus casas em Santo Domingo, vivían así, en esa interminable noche y no hallaban que hacer. Se tropezaban constantemente unos con otros y se la pasaban golpeados y adoloridos, así que prefirieron encerrarse en sus casas y no salir. No había cómo sembrar ni cazar y la comida se escaseaba. Más de una ocasión se escuchaba los gritos desesperados de los que eran atrapados por las fieras de la selva que se escondían entre las sombras.

La luna confundida por la ausencia del sol, tampoco salía y eso era aún más grave porque ya no había cómo enamorarse con su luz. Los pájaros morían sin el amanecer y los ríos empezaron a secarse porque confundida la lluvia sin la guía de los astros celestes, tampoco caía.

Angustiados los Tsáchilas decidieron hacer su propia luz e intentaron encender ramas y alumbrarse con su fuego, pero fue inútil. El copal ya no prendía y el palo de Camacho solo se encendía en manos de los ancianos que todavía guardaban las buenas costumbres.

Pero ellos, los más débiles, pronto morían. Mientras tanto el Tigre de la Oscuridad con sus fauces bien abiertas se acercaba cada vez más a los atemorizados Tsáchilas. Sus pasos ya se escuchaban muy cerca de las casas.

Viendo tanto desastre a los sabios ancianos se les ocurrió crear su propio sol. Los chamanes se reunieron y pensaron que esto se podía lograr convirtiendo a un joven tsáchila en el poderoso astro.

El ayahuasca estaba lista, la mesa con sus piedras y la tarima para el rito ceremonial, también. El joven chamán, hijo de madre soltera, escogido para tan importante misión, estaba listo. Lo habían cubierto con hermosas vestiduras de algodón y una imponente corona dorada, sobre sus muñecas y tobillos relucían joyas de oro puro.

Los demás chamanes continuaban cantando y bebiendo la ayahuasca. El joven que fue convidado con la chicha ceremonial empezó a llorar lágrimas luminosas; su rostro fue cubriéndose lentamente de una luz acuosa mientras se elevaba hacia el camino del sol que era todo de plata. Allí una hermosa mula construida hasta sus riendas y montura animal empezó a ascender hasta que lo perdieran de vista.

Al día siguiente, al despertar todos esperaban la ansiada luz, pero lo que vieron fue un día nublado, con algo de claridad, pero aún sin sol. Así pasaron tres días tristes y sombríos. Al cuarto día su sorpresa fue total, apenas si podían abrir los ojos, una luz incandescente los quemaba y era casi imposible de aguantar.

Ahí estaba el sol de nuevo, reinando en lo más alto, alcanzando con sus rayos a cada uno de los Tsáchilas. Hermoso en todo se esplendor, ahí estaba de nuevo, pero no lograban soportarlo. Recordaron entonces, los ancianos, que el joven que se convirtió en sol tenía dos ojos y que seguramente estaba alumbrando con los dos. Sería necesario que alumbrara solo con uno. Así que lanzando una gran piedra hacia el cielo lograron su objetivo y pudieron por fin volver a disfrutar de las bondades del rey sol que ahora anda con un solo ojo.

Dicen que en el cielo están colocadas doce trampas para atrapar perdices y que, en la última, en la duodecima, en la que los chamanes llaman la Curva del Sol, está sentado el Tigre de la Oscuridad con sus enormes fauces abiertas, esperando comerse al joven tsáchila si este al pasar no le entrega sus perdices.

Por eso el sol pasa rápido por ahí, lanza las perdices y sigue su camino. Pero cuentan que a veces el sol pasa por la primera trampa y no encuentran nada, llega a la segunda y tercera y en estas tampoco ha caído una perdiz. Cuando llega a la cuarta, quinta o sexta y no encuentran nada, empieza a preocuparse.

Le queda solo la mitad de camino para encontrar perdices y si no el Tigre de la Oscuridad se lo tragará sin compasión dejando otra vez al mundo en tinieblas. Recorre la séptima, octava y novena y tampoco encuentra las presas que necesita. Pasa por la diez y la once y nada. Solo queda una trampa por revisar, la que es su última esperanza y entonces angustiado, el nuevo sol tsáchila empieza a llorar.

Entre los Tsáchilas cuando llovizna cerca de las doce, se dice que el sol está llorando y que seguramente no ha encontrado perdices en las trampas y que teme morir entre los colmillos del Tigre de la Oscuridad. Dicen que hasta ahora el sol siempre ha logrado encontrar una perdiz aunque sea en la última trampa, justo antes de empezar a descender para que poco a poco la luna pueda salir y después iniciar su recorrido otra vez.

MAMA CHOASANGUIL

Cuenta la leyenda que la Mama Choasanguil, en realidad fue la una hija de Dios del Trueno. Nació cuando su padre Pillahuaso, quién en realidad era un alto pájaro de la comarca, se dio por vencido en una contienda habida entre los Huracanes y las Neblinas. Nació de pie y con los ojos brillantes para desafiar las tempestades.

Píllaro era conocido en aquellos tiempos como Altar del Trueno, lugar en donde los espíritus disolutos de las montañas de los Llanganatis, se congregaban para practicar sus rituales haciendo aparecer otro en los rebordes de las nubes negras, cuando el viento buscaba tener vástagos, para que fueran guerreros y hombres que lucharan por la libertad y la justicia.

Cuando creció la niña fue llevada al Altar del Trueno para que los atis la pretendieron por esposa, demostrando previamente que son guerreros aptos para luchar por la libertad de su pueblo, los mayores habían decidido que se desposara con Huayna-Capac, undécimo y penúltimo gobernante del imperio inca, como parte de la estrategia acordada con el inca, quien pretendía formar un imperio expandiendo su prole por los cuatros costados del mundo, estaba intrigado por buscar una revolución para ver qué fruto daba la sangre de un conquistador con una madre que tenía el principio y el germen de la libertad.

Entonces ella tomó una piedra encendida que le había entregado la Mama Tungurahua y en un altar que había en Huayco-Tango, pidió a su verdadero padre, el Dios del Trueno y del Relámpago, que fecundara en su vientre un hijo, para que luchara por la libertad, y que, si no se podía cumplir con este pedido, dejara su vientre infértil, por más que el conquistador inca insistiera con ella en el lecho nupcial.

Cuando se aproximaba el tiempo del alumbramiento, la princesa Choasanguil había revelado a las mujeres atis que, en su vientre, sentía que su hijo le crecía como si fuese una piedra encendida, “niña rumi”; y que cuando tronaban las nubes en los Llanganatis, su vientre se convulsionaba hasta que quedaba exhausta tendida por los prados de Huayna-Curi.

Sabedor de esto, su padre había ordenado a las Pallas que trasladaran a la embarazada hacia el Cuzco para que alumbrara allá a su vástago inca-ati. Así se planificó y se supo que todos andaban convencidos que el retoño de Huayna-Cápac vería la luz en el Cuzco, que era la capital del imperio.

Su padre, intrigado por saber de su hijo, estuvo en el Cuzco, rodeado de amautas.

--- Quiero ver a mi hijo y a su madre ati ---había dicho.

Y fue llevado a presencia de la mujer que había alumbrado en esos días un vástago de su estirpe. Más cuando miró a su madre y oyó los tonos y las palabras de su lengua, exclamó:

--- Me habéis engañado. Esta mujer no es Nina-Sisa, la princesa Choasanguil. Esta no es mi Nina-Sisa, la flor de canela que se moja sus labios en el Culapachán. Ella no tiene en sus brazos los arcoíris de Píllaro, ni en sus ojos la melancolía de la Mama Tungurahua, ni en su pecho oigo que tiene el latido de la libertad.

>Acompañadme. Mañana emprendemos el camino hacia Cushca en Píllaro. Ahí nos organizaremos para buscar a mi hijo. Como se busca al venado libre que está suelto en las pampas, cerca a los apriscos y a la querencia de su madre y de su pueblo.

Dicen que Huayna Cápac tardó más de un año en llegar a Píllaro, pues se le habían presentado muchos inconvenientes en el camino. Cuando ya había cruzado los jardines de Paucarbamba, había subido al mirador de Cojitambo a llenar sus ojos de horizontes.

Luego había estado por su palacio de Ingapirca, por Tumipamba, para después emprender su última jornada en dirección a las comarcas de los atis.

En los impresionantes aposentos de Mocha le avisaron que en realidad había sido engañado; que la princesa Choasanguil había sido escondida por Neblina y protegida por Illapa, el dios del rayo y de los truenos, al momento que la quisieron montar en una llaminga para que viajara a alumbrar a su hijo, lejos de su patria.

Mientras la princesa Choasanguil se perdió en los laberintos de los Llanganatis, ocultada por la Neblina, fue reemplazada por una mujer cuzqueña que también esperaba un hijo de algún curaca de los ejércitos invasores a los panzaleos.

Al llegar a los aposentos de Huayna-Curi, el inca Huayna Cápac encontró reunidos a los familiares Hatis, a los Quinatoa, a los Mullocana, a los que se habían revelado Toaingas; a las mujeres Sinaylín, a las Cuyantuli; así como a representantes de los mitimas: canimpos, juipos, yaziles, tilitusas, y hasta quienes reclamaban Paqui-Pallas, y Hanan-Collas, entre otros.

Le dijeron a Huayna Cápac que la princesa Choasanguil había alumbrado un niño, quien, según los amautas, iba a ser soldado valeroso y mártir, y que lucharía por la libertad de su gente, porque siendo hijo del Rayo que brota de los truenos, y del Sol Inti que alumbra a todos los hombres, tendrá la misión en la tierra, de luchar como el Rayo que brota del trueno; y para dar claridad a su pueblo, también tendrá que combatir con sus enemigos, hasta después de su muerte, para ser como rayo del sol que brille en la frente y en el corazón de su gente.

Apareció entonces la madre con su niño cogido de su mano. Y en la otra mano, la madre Choasanguil le entregó a Huayna Cápac una gran fuente o callana de barro, donde estaba una piedra encendida y humeante, algunas flechas del combate, una huaraca y una corona de oro.

--- Son los símbolos de tu hijo ---dijo la madre---; yo soy la fuente de mi barro, y te entrego a Rumiñahui para que le eduques con el fuego que se esconde dentro de las piedras de la libertad.

LAS BRUJAS DE SAN ROQUE

hace muchos años, cuando todavía no existía la luz eléctrica, las brujas de San Roque durante las noches de luna tierna se iban por los aires montadas en sus escobas hacia la ciudad de los mil campanarios y calles desiertas, solo en contadas ocasiones las veían uno que otro borrachito que se había quedado dormido en la vereda y se despertaba asustado con el ruido de sus voces, porque las brujas mientras volaban iban repitiendo:

--- De valle en valle, de villa en villa, sin Dios ni la Virgen María.

Atravesaba a veinte metros del suelo el puente del Vado y así en bandada se dirigían primera al Barrio de San Sebastián para visitar a las Zaldúas, las hechiceras mas importantes de Cuenca, con el propósito de aprender nuevas recetas y filtros amorosos.

Las Zaldúas sabían de todo; los padre nuestros y ave marías al revés, los secretos de la cruz de Caravaca, de la manteca de oso y la uña de la gran bestia, para que no se marchite nunca la sábila que amarrada con una cinta roja en el umbral de la casa ahuyentaba a la mala suerte y a los ladrones.

Cortaban la leche de las vecinas chismosas y entrometidas, cuando estas las ponían a hervir sobre el fogón, provocaban hipos y estornudos, hacían que mueran con la peste las gallinas y cuyes de sus enemigos y que el granizo acabe con las coles y lechugas de las huertas.

Dicen que eran las más entendidas para curar el mal de ojo y el espanto de los guaguas con “los pases sobre el cuerpo del enfermito” de la caja de fósforos, el sucre, los clavos de acero, el huevo del día, sacudiendo de tanto en tanto los atados de ruda, altamisa, romero, floripondio; el soplo del buche de trago en la cara del ojeado y las tres cruces de ajo y ceniza en la frente, en el pecho, en la mitad de la barriga. ¡Y santo remedio! El guagua dejaba de llorar en el acto.

Eran las únicas que tenían las imágenes de los santos negros, San Gonzalo Grande y San Gonzalo Chico, los sietes perros gordos, descendientes directos de los antiguos allcus anteriores a la conquista que nunca ladraban, tenían un color desvaído casi sin pelo y lunares en el lomo; servían para calentar los pies de las Zaldúas en las noches heladas de julio y agosto.

Los gatos negros de ojos fosforescentes que dormían sobre las vigas ahumadas de la cocina, a una orden de sus dueñas “saltaban sobre el cogote de los curiosos, clavándoles las uñas entre espantosos maullidos”.

Cuentan que la “mama Miche quiteña” fue a buscar a las Zaldúas para que deshagan el hechizo de su hija Rosa Mercedes que tenía un puesto de papas cañarejas en la plaza de San Francisco frente a la “Culibronce”.

Como le está quitando a la clientela un sábado a la una de la tarde la “Culibronce” le hizo la brujería con un plato de puerco hornado y mote, la Rosa Mercedes casi en seguidita de comer cayó con ataques echando espuma por la boca, quedando después como ida y sin poderse mover.

La Mama Miche quiteña entregó a las Zaldúas unos zarcillos antiguos con oro y perlas “dormilonas al parecer eran” la Rosa Mercedes se recuperó a poco, aunque no duró mucho porque a los tres meses la enterraron y la “Culibronce” que había sido también una bruja bien bruja se quedó solita en el puesto de la plaza. Fue la única vez que alguien pudo a las Zaldúas.

Después de visitar a las Zaldúas, las brujas de San Roque se dispersaban por rumbos diferentes a Santo Domingo, al Cenáculo, a San Sebastián, a San Blas, a la Catedral Vieja, a la misma Catedral Nueva hasta sus torres más altas pintadas de azul y blanco, a María Auxiliadora, el Vergel, pasaban de nuevo el Río Matadero a veces bajo el puente porque ya estaba amaneciendo, el Yanuncay, el Tarqui y de ahí a Turi.

Al valle de un lado a otro, de arriba, abajo, montadas en las escobas, para reunirse al fin en una cueva bien grande, unos decían que era en el Boquerón, otros en los cerros del Cajas, y besar entonces el rabo del diablo que les estaba esperando en forma de chivo con cachos y barba, de la que se escurría como un aceite con el que las brujas se frotaban la cara, los brazos y las piernas y servía para hacerles volar más rápido y a veces volverlas invisibles.

Las brujas se reunían en la cueva los martes y viernes de luna llena y regresaban con el primer canto de los gallos a San Roque untadas con el aceite del diablo, repitiendo nuevamente:

--- De valle en valle, de villa en villa, sin Dios ni la Virgen María.

Se podía hacer caer a estas mujeres del diablo y atraparles de varias maneras: poniendo en el pario, o en la huerta una lavacara llena de agua y unas tijeras abiertas con las puntas para arriba, pararse quietito y extender los brazos en forma de cruz, como también dejar caer un rosario o detente en el suelo.

Así pasó con una de ella que cayó en una huerta a la subida del Padrón pero como recién estaba clareando solo pudieron verla que se levantó medio rengueando y se escondió en la higuera que estaba junto a la tapia, cuando fueron a verla no encontraron a nadie.

Alejo Llivipuma recuerda en sus tiempos de soldado allá por 1912, que una noche cuando con otros compañeros hacía la guardia cerca de San Blas, oyeron reír a una bruja encima de sus cabezas, se reía una lindura con el diablo, sostenido en el aire con una escoba entre las piernas, pusimos un escapulario en el suelo, cae allí junto a nosotros se sienta y dice:

--- ¡Ay señores! No sean malitos, cuidado en ir a avisar lo que me han visto volar, ya no he de hacer más.

Entonces estando es eso, dice:

--- Les voy a regalar estos zarcillos. ¡Unos zarcillones de oro!

Así que recibimos y subimos calle arriba en dirección a la cantina del Sr Naranjo, se levanta, nos da el traguito:

--- Y ahora paguen ---dice.

Yendo a pagarle nos encontramos que los zarcillos se habían vuelto majada de vaca.

Viéndonos asustados el Sr Naranjo dice:

--- Esto les debe haber dado una bruja que ya vive años aquí en San Blas. Ella era buena cocinera hacía caldo de borrego, caldo de patas, esto era cuando había allí una plaza de ganado y en la época en que la bajada del puente del Vado era descanso de los leprosos o lázaros que iban con unos lindos caballos blancos.

LA CRIANZA DEL AGUA

Cuentan que en tiempos antiguos, cuando ya existía el sol, la luna y las estrellas, Atsill-Pachakamak quiso ser el esposo de la Pacha-Mama, ella aceptó y quedó embarazada. Con el tiempo llegó el momento del nacimiento.

Cuando la Pacha-Mama empezó a parir, de su vientre brotó el agua y luego nacieron las piedras, los cerros, las plantas, los animales, el viento, el hombre, la mujer y todo lo que existe. Todo lo que la Pacha-Mama paría tenía vida.

Eran los tiempos de confusión porque todos los seres pensaban y hablaban igual que nosotros, las personas. Así, la tierra decía: “por aquí pasaron pisándome”, la planta de moras decía: “estuve deteniéndoles con mis espinas, pero se soltaron y se fueron”.

Ante esta situación Atsill-Pachakamak y Pacha-Mama fueron acomodando y adecuando las cosas, hasta que finalmente quedamos con todas estas facultades, mientras que los demás seres siguen pensando y hablando en formas diferentes de los nuestros, de acuerdo a sus condiciones y propósitos de vida.